

Área: “La sociedad humana: diálogo y contexto socio-económico” (2)

Tema: Pensadores y promotores que contribuyeron en el área (C)

LA AMENAZA DE LA GUERRA. LA PEREGRINACIÓN AL SANTUARIO DE LUJÁN AL RECRUDECER EL CONFLICTO ARGENTINO-CHILENO (1895)

Dos sacerdotes hermanados por la misma causa: Jorge María Salvaire y Ramón Ángel Jara

1. Recrudece la disputa limítrofe argentino-chilena

Esta peregrinación, realizada el 1º de diciembre de 1895, guarda estrecha relación con la vieja disputa de límites con Chile que se mantuvo latente en el sur por largos años, precisamente en la región patagónica, registrándose sucesivas y trabajosas negociaciones para evitar degenerara por momentos en abierto conflicto armado.

Conviene tener presente que con la emancipación de España, ambos países se formaron con los mismos límites territoriales establecidos por cédula real de Carlos III, en 1776, al crearse el Virreinato del Río de la Plata, conforme al posterior *uti possidetis de 1810*: “la Cordillera nevada en toda su extensión”, dice el texto, constituye la frontera divisoria entre el Virreinato y la Capitanía General de Chile. A su vez, por ambos partes reconocieron expresamente este principio en el tratado de amistad de 1856.

Años después, con la mediación de los embajadores norteamericanos, en Buenos Aires y Santiago, se negoció un acuerdo de límites, firmado en la capital argentina, el 23 de julio de 1881 –bajo la primera presidencia del general Julio Argentino Roca (1880–1886)–, por el canciller argentino Bernardo de Irigoyen y el cónsul chileno Francisco Echeverría, ratificado por ambos países en el mismo año. En esa ocasión se estableció que las cumbres más elevadas de la Cordillera de los Andes, que dividen las aguas, constituyen el límite fronterizo, encomendándose a un grupo de peritos de ambos países proponer el trazado de los límites en litigio, mediante la colocación de los hitos demarcadores¹.

Sigla LPP: *La Perla del Plata. Revista del Santuario de Ntra. Sra. de Luján*. Luján. Buenos Aires.

¹ El tratado de 1881 es producto de una negociación muy importante, renunciando ambos países a sus pretensiones máximas. La República Argentina a las aguas y costas del Estrecho de Magallanes, salvo la boca hacia el Atlántico; y Chile a sus pretensiones a la Patagonia, con lo cual nuestro país resuelve a su favor un punto fundamental: la adjudicación para sí de los territorios patagónicos al este de las Cordillera de los Andes y la mitad oriental de Tierra del Fuego, declarándose la neutralización de Estrecho, en cuyas costas se prohíbe la construcción de fortificaciones. Asimismo, se estipula someter al arbitraje de una nación amiga las cuestiones que surgiesen en el futuro.

Sin embargo, durante el primer año de la presidencia de José Evaristo Uriburu (1895-1898), la cuestión limítrofe recrudeció, creándose una vez más, a uno y otro lado de la Cordillera, un clima enrarecido, propenso a desencadenar el temido enfrentamiento bélico, si no prosperaban los acuerdos pacíficos confiados a los peritos. Fue así que, mientras Chile realizaba preparativos ante la perspectiva de un conflicto armado, el gobierno argentino reorganizó el Ejército y la Armada para lo cual destinó importantes sumas de dinero. Felizmente, con el correr de los meses se superaron las tensas relaciones, encarándose la cuestión en términos diplomáticos, hasta concretar, en octubre de 1896, la firma de un nuevo acuerdo por el cual los problemas limítrofes pendientes eran sometidos al arbitraje del gobierno británico. De esta manera desaparece del horizonte de los dos países el fantasma de una guerra fratricida, al menos en los años venideros².

2. Una gran peregrinación Sudamericana para implorar la paz

Ante el peligro que entrañaba el recrudecimiento de las desinteligencias, el flamante arzobispo de Buenos Aires, Uladislao Castellano, apoyó de inmediato la prosecución de las tratativas diplomáticas tendientes a superar las tensiones reinantes. Al efecto, como significativo gesto de acercamiento fraterno, invitó al arzobispo de Santiago de Chile, monseñor Mariano Casanova, a cruzar la Cordillera para que procediera imponerle en Buenos Aires el sagrado palio, insignia de su nueva dignidad. Éste, sumamente agradecido, aceptó la invitación, efectuándose la solemne ceremonia en la Iglesia Catedral, el domingo 24 de noviembre, en

² El nuevo conflicto al que aludimos pone en evidencia que el “Tratado de 1881” fue sólo una solución momentánea, no alcanzándose a superar el diferendo en profundidad, pues en razón de su confusa redacción da lugar a interpretaciones muy diferentes que se manifiestan no bien concluye la Guerra del Pacífico; y, sobre todo, cuando se comienza la delimitación sobre el mismo terreno (trabajo de los peritos). Mientras la tesis argentina sostiene que el límite es el de las más altas cumbres que separan las corrientes de las vertientes producidas por los deshielos (corrientes locales que se forman dentro de la región cordillerana), Chile defiende la teoría del *divortium aquarum* continental, de separación de las nacientes de los ríos según se dirijan a uno u otro océano. La divergencia es crucial en la zona de los Andes Patagónicos (desde el lago Nahuel Huapí y el cerro Tronador hacia el sur). Según la tesis chilena el límite internacional se desplaza significativamente hacia el oriente; y según la tesis argentina, el límite se encuentra próximo al océano Pacífico. La pretensión chilena no es aceptada por el perito argentino ni por el gobierno de Buenos Aires. Con el fin de superar las dificultades se inician nuevas negociaciones que llevan a la firma de un “Protocolo Adicional y Aclaratorio”, el 1º de mayo de 1893, donde triunfa la diplomacia chilena, imponiendo el principio: “Argentina en el Atlántico y Chile en el Pacífico”. Sin embargo, esta gran fórmula de equilibrio, no trajo consigo la finalización de los problemas, tal como era de esperar. Inmediatamente a su ratificación surgen divergencias de criterios internos que reabren la discusión y generan el clima belicista al que hacemos referencia al ocuparnos de la presente peregrinación. Afortunadamente se logró firmar un nuevo protocolo, el 17 de abril de 1896, donde se establece que, en caso de no allanarse amigablemente y de común acuerdo las divergencias, se las sometería al arbitraje de la corona británica, con excepción de la demarcación al norte del paralelo 26°. Véase, BEATRIZ R. SOLVEIRA, *La política internacional: relaciones exteriores y cuestiones limítrofes, 1862–1914* (con amplia bibliografía), en “Nueva Historia de la Nación Argentina” (Academia Nacional de la Historia), 5 (Buenos Aires, 2000), 209 y ss.

presencia de autoridades religiosas, civiles y militares, con posterior desfile y banquete oficial³. El rito específico se llevó a cabo al concluir el pontifical de rigor, tras un elocuente discurso del Prelado chileno, que conmovió a todos los presentes, especialmente al momento de referirse a la paz que él anunciaba, “y no a la paz armada”, por cuya consecución los dos arzobispos estaban dispuestos a ofrecer hasta sus propias vidas.

De este modo, por acuerdo expreso de ambos prelados, el encuentro en la Catedral de Buenos Aires revistió un carácter muy particular, cargado de elocuente mensaje para la opinión pública en general, a uno y otro lado de la Cordillera, pues el mutuo abrazo en que se estrecharon al concluir el rito se imponía entre ambas naciones como símbolo y prenda solemne de paz⁴.

Pero el plan de monseñor Castellano a fin de contribuir a la pacificación de los ánimos y al primado final de la cordura no terminaba en este gesto de fraternidad eclesial. Sumó al mismo otra iniciativa: asociar al arzobispo chileno y a su comitiva a la inminente peregrinación arquidiocesana, entre cuyas intenciones figuraba el poner a los pies de la Virgen de Luján la imperiosa necesidad de salvaguardar la paz entre ambos países, comprometida seriamente. Extendiéndose la invitación al obispo de Montevideo, en orden a fortalecer los vínculos fraternos, quien viajaría acompañado de una nutrida delegación de clero y fieles uruguayos⁵. Por tal motivo, teniendo en

³ Se encontraban presentes: el obispo de Montevideo, monseñor M. Soler; los obispos sufragáneos de la Arquidiócesis (de Córdoba, San Juan de Cuyo y Santa); los obispos titulares, salesianos, Cagliero y Costamagna; monseñor de la Reta, auxiliar de Cuyo; los vicarios generales y obispos auxiliares de Buenos Aires, Espinosa y Boneo: el presidente de la República, J. E. Uriburu con sus ministros; los senadores y diputados; la magistratura; los jefes militares; y numeroso público.

⁴ En opinión de CAYETANO BRUNO, la intervención del Prelado argentino resultó decisiva para que renaciera la mutua confianza: “Y cuando pareció –señala– que sólo la guerra podía dirimir el conflicto, vino a conjurarla oportunamente la entronización del arzobispo de Buenos Aires, doctor Uladislao Castellano, con la presencia del arzobispo de Chile, Mariano Casanova” (*Historia de la Iglesia en a Argentina XII*, Buenos Aires 1981, 279). A la vez, es de destacar que el Prelado chileno, desde que puso pie en territorio argentino, se granjeó amplios sentimientos de confraternidad, siendo acogido con particulares muestras de simpatía a su paso. En Mendoza, San Luis, Villa Mercedes, y en todo el trayecto, hasta Buenos Aires, fue siempre rodeado por el cariño y el entusiasmo de las poblaciones; y los honores oficiales debidos a su cargo. Incluso el presidente Roca, en el banquete oficial, que siguió al acto de imposición del palio, puso de manifiesto el carácter eminentemente pacificador de sus palabras, haciendo votos por pronto el arreglo de las dificultades pendientes.

⁵ Entre las intenciones prioritarias que monseñor Castellano llevó a Luján figura, asimismo, poner los actos de su arzobispado bajo la protección de Ntra. Sra. de Luján, según lo expresó en su *Primera Carta Pastoral*, del 24 de noviembre de 1895. “Pongo mi gobierno bajo los auspicios de la Santísima Trinidad y de la Inmaculada Virgen María, a quine, bajo la advocación de Ntra. Sra. de Luján, honra este arquidiócesis y todas las diócesis de las Repúblicas del Plata, como a su insigne Protectora. Su Sagrada Imagen es el emblema principal de mi escudo arzobispal, leyéndose al pié las palabras con que la Iglesia implora su maternal amparo: *Sub tuum proesidium*. Confiado en su patrocinio, trabajaré por propagar su

cuenta la intención de rezar por la paz en el continente y las nacionalidades de las personalidades presentes, bien podía atribuírsele el carácter de peregrinación “sudamericana”, tal como lo expresa el mismo Arzobispo al dar a conocer la iniciativa a la feligresía en general:

“Esa romería por la calidad de las personas que la encabezarán y por las demás circunstancias en que va a verificarse, asumirá las proporciones de un acontecimiento internacional, mejor dicho, sudamericano. Y por la paz sudamericana elevaremos nuestras fervientes preces postrados ante el trono de María, haciendo votos porque el abrazo entre los dos arzobispos sea preludio de otro, muy cordial, que en breve se den las Repúblicas Chilena y Argentina, y a su ejemplo las demás del continente. De modo que, a la sombra de una paz sólida y duradera, florezcan en ellas la fe, la piedad, la justicia y todas las virtudes, y se encaminen, llenas de vida, al apogeo de su engrandecimiento”⁶.

3. Se ultiman los detalles

Habiéndose concretado la idea, de inmediato el Capellán del Santuario de Luján, el lazarista Jorge María Salvaire, organizó una comisión de recepción de los visitantes, iniciándose los correspondientes preparativos para la gran ceremonia religiosa, incluyendo la formación de una comisión de señoras, presidida por Crescencia Rey de Pérez, encargada de procurar alojamiento a las familias de los peregrinos. Al mismo tiempo, se procedió a iniciar la construcción de los arcos trazados en la calle principal de la Villa (hoy San Martín) y en la portada del Santuario. En cuanto al traslado de los peregrinos se contrataron, para domingo el 1º de diciembre, cinco trenes especiales con el objeto de unificar los horarios para comodidad de los pasajeros. El primero (boletos blancos) con salida a las 5 a.m. y regreso 3,30 p.m.; y el último (boletos amarillos), a las 7,30 y 5 respectivamente.

Desde el día anterior, la Villa de Luján experimentó una completa transformación. Desde diversos puntos del país comenzaron a llegar personas distinguidas y delegaciones diocesanas y parroquiales con el objeto de asociarse a los actos previstos, procedentes de las provincias de Córdoba, Santa Fe, Corrientes, San Juan, Mendoza, San Luís, La Rioja, Salta, Tucumán, Entre Ríos y Catamarca. De la provincia de Buenos Aires llegaron visitantes de La Plata, Mercedes, Chivilcoy, Morón, Exaltación de la Cruz, Pergamino, Junín, Salto Argentino, San Nicolás de los Arroyos, San Antonio de Areco, Arrecifes, Pilar, Lomas de Zamora, San Andrés de Giles, Chascomús, Azul, Olavaria, etc. Sumándose un crecidísimo número proveniente de la capital federal, además de las delegaciones de Chile, Uruguay y Paraguay, junto con los residentes de estos tres países en suelo argentino.

Pronto los pocos alojamientos que aun quedaban disponibles fueron ocupados, dándose prioridad en las camas a las señoras y niños. Pero, por otra parte, como

culto y por fomentar la obra de su nuevo monumental Santuario. Allí iré, dice, en devota peregrinación el 1º de diciembre próximo acompañado de respetables prelados y sacerdotes y de numeroso pueblo; y el día 8 asistiré de nuevo, a solemnizar con mi primer pontifical de Arzobispo la gran fiesta de su Inmaculada Concepción” (Revista *La Perla del Plata*, Luján 1895, 756-757).

⁶ Idem., 757.

predominaba en el ánimo de los vecinos de Luján el deseo de recibir debidamente a los visitantes, se notó en todos los hogares la presencia del tradicional espíritu de hospitalidad que siempre distinguiera al pueblo de la Virgen, dando albergue a muchas personas y grupos familiares. Entre los organizadores se estimaba que entre el 1º y el 2 diciembre pasarían por Luján varios miles de peregrinos, para unirse a esta nueva demostración de piedad mariana, elocuente expresión de los deseos populares porque se afiance y se acentúe aún más la fraternidad argentino–chilena, alejándose el peligro de un posible conflicto bélico.

4. Luján de fiesta

La Villa de Luján amaneció vestida de gala. Por todas partes, cruzaban los espacios, en balcones y azoteas, puertas y ventanas, centenares de banderas, gallardetes y otros adornos diversos. Nunca, después de la memorable Coronación de la Virgen, el 8 de mayo de 1887, la ciudad se vistió de tanta gala. Todo era animación, vida y regocijos. Su calle principal, y algunas aledañas, se encontraban cubiertas de hinojos y de flores silvestres que impregnaban el ambiente de suave fragancia. Dos hermosos y artísticos arcos triunfales se levantaban en la calle San Martín o real. El principal formado de tres entradas, a la manera de las puertas triunfales de Roma o París. En la parte superior, entre verdes ramajes y guirnaldas, figuraban los escudos y banderas de las naciones presentes, con dos lemas: de un lado, *Viva la República Argentina, Viva la República de Chile*; y del otro, entre los gritos, *Viva la R. O. del Uruguay, Viva la República del Paraguay*, esta inscripción: *A los peregrinos, felicidad, paz e íntima unión*.

Las dos plazas –Constitución y Colón–, repletas de banderas presentaban un encantador golpe de vista, cubiertas de miles de personas que transformaban a la Villa en un espacio urbano de los más animados y poblados, ofreciendo a los ojos del observador un aspecto imponente y grandioso para la época. El viejo Santuario presentaba las galas de sus mejores días festivos. En el exterior, arriba, abrazadas de la cruz, flameaban las banderas argentinas, la pontificia, la chilena, la uruguaya y la paraguaya. Motivo que se repetía en los pináculos de la gran fachada y en el encornizamiento de ambos cuerpos de la casa parroquial. Daba ingreso al atrio un majestuoso arco triunfal adornado de guirnaldas y ramas verdes, lucidas flámulas, vistosas banderolas y los escudos de las cuatro nacionalidades presentes; y en la parte superior figuraba una gran inscripción azul: *Virgen Sma. de Luján protegida a los pueblos sud-americanos*. Asimismo, el arco principal de entrada al Santuario estaba adornado con elegantes pinturas sobre madera representando ramos de azucenas y rosas, y en la parte superior, entre guirnaldas de flores, la inscripción: *Posuisti super caput ejus coronam de lapide pretioso* (“Pusiste sobre sus sienes una corona de piedras preciosas”); y en los dos arcos laterales, los escudos de León XIII y Pío IX; y a la altura de los grandes contrafuertes que dividen la fachada, los escudos de las cuatro republicas convocadas a orar por la paz.

El golpe de vista que presentaba el Santuario, desde la puerta de entrada, era verdaderamente majestuoso e impactante, acorde con el gusto ornamental de época, exuberante, alegórico y de colores vivos. Desde la bóveda y en toda la extensión del templo, bajaban cenefas celestes que se replegaban en graciosas ondas sobre el gran cornizón que recorre todo el edificio, de donde pendían numerosos estandartes y banderas ofrecidas en los últimos diez años a Ntra. Sra. de

Luján.; los pilares tapizados de cortinados de damasco azul con galones y franjas de plata; a conveniente distancia los escudos de las cuatro naciones hermanas y de las catorce provincias argentinas; sumándose cuadros representando diversos símbolos de la Virgen y versos latinos alegóricos. Arriba de los altares cartuchos adornados de banderas y recuerdos de algún hecho importante de la historia del Santuario; y todos los altares adornados con “antependios” de seda celeste con adornos de plata.

En el presbiterio lucían los escudos de los romanos pontífices, vinculados a la historia de Luján (Pío IX y León XIII), la de los metropolitanos chileno y argentino, de los preladados de Uruguay y Paraguay, de los cuatro sufragáneos argentinos y de los dos auxiliares de Buenos Aires. Frente al docel arzobispal una extensa tarima, con doce sillones y sus correspondientes reclinatorios cubiertos de ricos paños con los colores nacionales, destinados a los obispos y demás personas importantes. El centro del altar mayor se encontraba adornado y resplandeciente de flores, candelabros, relicarios y luces; y en el elegante nicho que sirviera para el acto de la coronación, la milagrosa Imagen, objeto de tan particulares muestras de veneración. Al pié del nicho, en un mismo cartucho, figuraban pintados los escudos de las cuatro repúblicas hermanas, entrelazados con ramos de olivos, arriba de los cuales se leía la siguiente inscripción: *Paz y unión*; y en la parte inferior pintadas dos manos estrechándose en señal de fraternal amistad.

5. Una inmensa multitud

En razón de la multitudinaria afluencia de peregrinos, la comisión organizadora, resolvió que los actos principales se realizaran dentro de la Basílica en construcción. Para lo cual, arriba de los andamios y paredes se extendieron un inmenso techo de lonas, que alcanzaban a cubrir el gran patio de la casa parroquial, facilitadas por el Ferrocarril del Oeste, con el fin de resguardar a la concurrencia de los efectos del fuerte sol y de alguna repentina lluvia. A su vez, casi todo el piso estaba alfombrado para mayor comodidad. Bajo la dirección del P. Santiago Scarella se erigieron tres altares, en diversos sitios, cada uno con una preciosa imagen de Ntra. Sra. de Luján, con flores y candelabros, cubierto el fondo con tela blanca y azul. En esos lugares se oraba y se celebraba la misa, una tras otra, distribuyendo numerosos sacerdotes la comunión a los fieles.

Encima del altar colocado contra la pared del nuevo camarín, figuraba una inmensa tela de diez metros de largo, por uno de ancho, donde se leía en grandes letras: *Dona nobis pacem* –“Dadnos la paz”–, que sintetizaban el sentido de la gran fiesta. Frente a este altar, en medio del gran crucero central de la Basílica, se encontraba colocado el púlpito desde donde el orador previsto en la ocasión, el canónigo chileno Ramón A. Jara, debía hacer oír su elocuente y patriótica palabra. La cátedra arzobispal, que ocuparía monseñor Castellano, se encontraba ubicada sobre una de las grandes columnas en construcción, ornamentada con festones de hiedra y guirnaldas de flores naturales.

Al lado, hacia el frente, en una de las capillas, se levantaba el palco oficial, donde los obispos y principales autoridades –nacionales, provinciales y locales– escucharían al eminente orador chileno, como igualmente presenciar la entrega de la rica bandera chilena que se ofrecía a la Santísima Virgen, en señal de veneración

a la Madre del “arbitro único y supremo de los destinos de los pueblos”, Jesucristo, “el príncipe de la paz”. Las paredes del palco estaban forradas de azul y blanco, como igualmente el techo, cruzado por una guirnalda verde. Destacándose en su frente un gran cuadro al óleo de la Ntra. Sra. de Luján, a cuyos pies se contemplaban entrelazadas dos palmas con algunos ramos de olivo.

5. Llegan los peregrinos

La estación de Luján, como la de Once, había sido profusamente abanderada por la misma empresa ferroviaria. El primer tren llegó a eso de las 8 hs., siendo recibido el numeroso pasaje por algunos miembros de la comisión organizadora, entre los que figuraba el P. Antonio Brignardelli y distinguidos vecinos, entre ellos: Domingo Fernández Beschtedt, Víctor Ferreira, Domingo Pérez, etc. La mayor parte de este grupo de peregrinos, como los que arribaron en las otras formaciones, hicieron el trayecto de la Estación al Santuario a pié, pasando por la Plaza Colón y tomando, como era costumbre, la calle San Martín, al son de las marchas interpretadas por la banda de música perteneciente al Batallón de Línea enviado por el Presidente de la República.

A las 9 hs. llegó el tren oficial. Un sinnúmero de carruajes estaban esperando a la comitiva, entre los que se destacaba un lujoso landó con cuatro caballos, cochero y lacayo de elegante librea, con cucarda argentina uno, y el otro chilena, en los sombreros, primorosamente envuelto en las banderas argentina y chilena, puesto a disposición de monseñor Castellano por el distinguido vecino de Luján, Domingo Fernández Beschtedt. En él subieron el mencionado Prelado, los obispos Soler y Espinosa, y el intendente municipal de Luján, doctor Octavio Cháves, quienes seguidos por los otros miembros de la comitiva, en diversos carruajes, iniciaron la marcha hacia el centro de la Villa. Los demás peregrinos siguieron la columna como pudieron: unos en coches o en carros, aquéllos en tranvía, otros en zorras, muchísimos a pié, todos cargados con canastas, con los comestibles necesarios para el almuerzo. Lamentablemente faltó a la cita el Arzobispo chileno, monseñor Casanova, quien en razón de una indisposición de última momento no pudo sumarse a la comitiva con gran pesar de su parte⁷.

Entre las personalidades procedentes de Buenos Aires, además de los obispos ya mencionados, figuraban: el ministro oriental, Dr. Frías; el secretario de la legación chilena, Dr. Matías Errazuríz; el ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires, Sr. Alsina; el Gral. Donovan; varios canónigos y párrocos; presidentes/as de diversas asociaciones del apostolado católico; benefactores del Santuario, etc. Además, de buen número de periodistas y fotógrafos encargados de cubrir la noticia para los medios de prensa capitalinos, del interior y de los países vecinos.

⁷ Sin embargo, no quiso regresar a Chile sin antes llegarse a Luján para cumplir con la visita prometida a la Virgen. Cumplió tal propósito el viernes 6 de diciembre. Desde la revista, *Salvaire*, lo dirigió estas afectuosas palabras: “No podemos menos de saludar al distinguido Prelado de la Iglesia chilena con el mayor respeto y veneración, así como también a sus acompañantes. Quiera la Santísima Virgen María dejar sentir cada vez más toda la eficacia de su maternal protección sobre el ilustre Prelado y sobre toda la grey que la divina Providencia confiara a su actividad y celo apostólico. *La Perla del Plata* cumple con el grato deber de presentar a Monseñor Casanova el testimonio de su profundo respeto y sincera admiración” (LPP, 1895, 789).

En la Plaza Colón esperaba a los ilustres visitantes la comisión local de recepción, presidida por el P. Salvaire, a la que acompañaban las autoridades locales, los colegios de niñas de las Hijas de la Caridad, vestidas de blanco, y los de varones del Estado, las asociaciones parroquiales (Hijas de María, Vicentinos, Cofradía de Sagrado Corazón, Tercera Orden de San Francisco, etc.), el Seminario de Ntra. Sra. de Luján, etc. Todos con sus estandartes o banderas, formando por orden a los costados del gran arco triunfal construido con flores y follajes, que mencionamos más arriba. Al momento de encontrarse ambas comitivas, anunciada por el repique de campanas y el estruendo de las bombas, la banda militar interpretó la marcha de Ituzaingó, mientras las tropas presentaban armas y la bandera nacional al Metropolitano, que en carácter de tal llegaba por primera vez a Luján. A continuación, el Intendente Municipal, doctor Octavio Chávez, en representación del vecindario de la Villa, dio la bienvenida a monseñor Castellano, quien con suma cortesía retribuyó el saludo.

De allí en más, colocados los prelados bajo el gran palio del Santuario, todos marcharon, por la calle San Martín, autoridades y público en general, hacia las puertas del Santuario. Rompió la marcha el Seminario Conciliar de Buenos Aires, siguiendo la gran cruz parroquial, el Regimiento 8º de Infantería, las sociedades locales y los peregrinos. Durante todo el trayecto, desde las veredas, las ventanas, los balcones, las mismas azoteas, señoras, niños y hombres del vecindario arrojaban flores al paso de la columna oficial de la gran peregrinación, mientras se escuchaban los acordes de las marchas militares, los atronadores cohetes y bombas, el repique alegre de las campanas, junto con las aclamaciones y aplausos incesantes de la multitud.

6. Ceremonias y almuerzo

Ya a las puertas del Santuario, el P. Salvaire, al tiempo de ofrecer el agua bendita, dirigió al Metropolitano unas breves palabras de bienvenida; y haciendo alusión al escudo arzobispal y al lema del mismo, agregó: “Entrad, Señor, en este Santuario que es vuestro, y bajo el amparo de esta divina Señora que aquí se venera y es la gloria de vuestro escudo, os conceda el cielo felicidad y acierto en vuestro gobierno arzobispal”. Acto seguido, el Prelado ingresó al templo, a los acordes de la marcha triunfal de Mendelsohn, interpretada por orquesta, con acompañamiento de órgano, bajo la dirección del hábil maestro de capilla del Santuario, Raimundo Moreau; y procedió a celebrar el pontifical previsto, en cuyo transcurso los niños cantores del colegio porteño de San Carlos (salesianos) interpretaron varios trozos escogidos de música sagrada. Mientras tanto, en el local de la nueva Basílica, cubierto completamente por grandes toldos, en los altares armados al efecto, numerosos sacerdotes, a su turno, celebraban misas para el grueso de los peregrinos, cuyo número resultaba imposible albergara el viejo templo.

Finalizadas las ceremonias religiosas de la mañana, la concurrencia se dispersó por todas partes, en la basílica, en la cripta, en la plaza, en las calles, en los solares adyacentes, formándose numerosos campamentos improvisados de gente que aprovechaba el intermedio para almorzar alegre y apresuradamente. A su vez, los prelados e invitados especiales pasaron a al casa parroquial, donde en una sala, acondicionada al efecto, se extendió una gran mesa, en forma de herradura, para

servir el almuerzo. Las paredes del improvisado comedor, profusamente adornadas con flores, laureles y banderas –chilenas, uruguayas y argentinas–, otorgaban al ambiente un carácter simpático y solemne, propicio para que momentos después se confundiera el chocar de las copas en los brindis con las protestas de confraternidad entre las tres naciones. La mesa estaba preparada para cien cubiertos, notándose alrededor de ella, junto al Metropolitano, a los obispos Cagliero, Costamagna, Padilla, Soler, Espinosa, Boneo; a los canónigos porteños Terrero, Casares, Orsali, Estrada, y el chileno, Jara; monseñor Echagüe; los ministros, oriental, Dr. Frías, y chileno, Sr. Errázuriz; el ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires, Sr. Alsina; y el secretario del gobernador, Sr. Williams; el intendente, O. Cháves y consejales; los doctores Frers, E. Quintana, Reyna, Castellanos, Estrada, Fernández Beschedt; varios sacerdotes y otras distinguidas personas⁸.

La sobremesa duró hasta la dos de la tarde, alternándose en la palabra varios oradores (Reyna, Frías, Errázuriz, Alsina, Soler, Echagüe, Romero y Castellano). Al servirse el champagne se pronunciaron varios brindis. El Intendente, O. Cháves, brindó en nombre de la comisión popular de Luján, saludando a los distinguidos huéspedes, particularmente al Arzobispo y el noble pueblo chileno, destacando el carácter de confraternidad sud–americana que distinguía a la presente fiesta; el Ministro oriental, Dr. Frías, levantó la copa para invitar a los presentes a beberla por las autoridades presentes –eclesiásticas y civiles– y por todas las repúblicas americanas para que la paz y la concordia se afiancen entre ellas; el Secretario de la legación chilena, Sr. Errázuriz, como representante de su país, hizo votos por la salud del Presidente argentino (E. Uriburu), y rogó al cielo y a la Virgen de Luján porque ambas repúblicas se encontraran unidas en las luchas de la paz y del progreso; el Ministro de la Provincia, Sr.... (¿Balbín?), puso de manifiesto que el Gobierno de Buenos Aires se asocia a la misión de paz que, como deber cristiano y patriótico, se han impuesto los Prelados, argentino y chileno, destacando la necesidad de la solución internacional del conflicto, en el terreno de la paz y la justicia, donde la influencia del sentimiento religioso de ambos pueblos juega un papel fundamental; y el Obispo de Montevideo, M. Soler, agregó que no tenía pensado tomar la palabra, porque sólo se encontraba presente para orar junto con los argentinos, por la paz de las naciones; orar y no hablar; pero la circunstancias le aconsejaban expresar una firme convicción interior en pro de la paz: las presentes dificultades entre Chile y Argentina –enfaticó– demuestran que el pueblo argentino es tan grande como generoso; que ha hecho gala de demostraciones y sentimiento fraternos por el pueblo chileno, y que nunca declarará la guerra, faltando la justicia; razón más que suficiente para formular votos de paz y fraternidad entre esas dos repúblicas hermanas, tal como lo han concebido sus respectivos Prelados, al invocar la ayuda de la divina Providencia, por intercesión de la Virgen de Luján⁹.

⁸ A las doce los comensales se sentaban a la mesa, rebosando todos de alegría y satisfacción, dándose comienzo al menú preparado por el Café París en elegante pergamino y con el siguiente detalle de platos: **Almuerzo de la Gran Peregrinación Internacional al Santuario de Luján.** *Menú:* Hors d'œuvre divers. *Froids:* Jambon, galantine, foie gras. Sauternes. *Poisson:* Mayonnaise de saumon. *Entrée:* Filet piquè truffes champignons, Médoc. *Légume:* Petits pois parisienne. *Roti:* Dindonneau, salade, Jules Mumm. *Entremets:* Gateau viennois, fromage, fruits.

⁹ A continuación pronunciaron su brindis: monseñor Echagüe, llamando la atención sobre el lema del escudo del Arzobispo chileno *Pax multa*, y el del argentino, *Sub tuum proesidium*; y

7. El mensaje del orador chileno

Finalizado el banquete la comitiva se dirigió a la Basílica en construcción, acondicionada al efecto, para escuchar el esperado discurso del canónigo chileno Ramón Ángel Jara, cuyas destacadas dotes oratorias lo convirtieron en aquella tarde en el “eximio predicar de la Paz, en Luján”¹⁰. Habló desde un improvisado púlpito, dirigiendo su encendida palabra a una multitud calculada en 10.000 personas, apiñada en todas partes –en las obras, las azoteas y hasta en los árboles de la plaza–, que saludó con aplausos y vivas cada uno de los párrafos pronunciados¹¹. Eligió como epígrafe del extenso y vibrante discurso las palabras del “Breviario Romano”, *Monstra te esse Matrem* (“Muestra que eres nuestra Madre”). A título ilustrativo transcribimos a continuación la parte final del mismo, donde la oratoria y la emoción religiosa alcanzan vuelo notable:

“Basta, señores. Sellemos estos votos de paz dándonos argentinos y chilenos un abrazo estrecho ante la imagen de María. Como hijos agrupados en torno de su Madre, pidámosle que agregue a los prodigios que han hecho venerable en el mundo este Santuario, el beneficio de la paz americana. Por nuestras infidelidades e ingratitudes pasadas merecimos, tal vez, el azote espantoso de la guerra. Pero, oh Virgen soberana de Luján, *monstra te esse Matrem*: muévase a piedad tus entrañas maternas, acuérdate de las plegarias que tantas generaciones han vertido ante estas aras; acuérdate que al pie de tu Imagen rogó por la unión de nuestros pueblos un peregrino que más tarde con el nombre inmortal de Pío IX ciñó a tu frente la corona de la Concepción Inmaculada. A acuérdate que ayer no más, el pastor inolvidable de esta Iglesia, seguido de su sacerdocio y de su pueblo, te pedía los tesoros de la paz, en cambio de la imperial diadema que en representación del Vicario de Jesucristo, colocó sobre tu frente. Acuérdate, en fin, que estas repúblicas americanas se distinguen por el amor que te profesan, y que en estos momentos no hay un solo hogar ni un solo templo en Argentina y Chile donde nos se alce tu Imagen sobre montañas de flores para que escuches la oración incesante con que te piden la paz.

Y ¿cuál será la ofrenda que los peregrinos de Chile presentaremos a María común recuerdo de nuestra visita al Santuario de Luján? ¿Qué joya, qué ornamento podríamos depositar en estas aras cuajadas de oro y de

el Pbro. Dr. Romero, presidente de la dirección de escuelas de Santa Fe, que arrancó entusiastas aplausos.

¹⁰ Antes de discurso, se realizaron dos actos que pusieron de manifiesto el espíritu fraterno entre ambas naciones. El arzobispo Castellano entregó a los canónigos chilenos Prado y Jara el roquete y la muceta que los acreditaba como canónigos honorarios de la Catedral de Buenos Aires. Y, acto seguido, una comisión de caballeros chilenos, compuesta por Matías Errázuriz, Alberto Ossa, Julio Guerrero y Enrique García de la Huerta, presentaron una hermosa bandera chilena, toda de seda, con la estrella bordada en plata, portada por el niño argentino Luis del Solar Borrego, que fue ofrecida por el canónigo Jara a la Virgen de Luján como prenda de concordia y paz entre ambos países.

¹¹ Texto completo en LPP, 1895, 783-791.

diamantes y qué mejor simbolizará el amor nacional de mi patria por María y la sinceridad del abrazo que nos hemos dado con nuestros queridos hermanos del noble pueblo argentino? ¡A, señores! Para los hijos de Chile no hay bajo el cielo un tesoro mayor que su bandera! Como guardan los esposos el anillo de sus bodas, como rinden culto los guerreros a su espada, como cubren de besos los amantes hijos el retrato de su madre, así nosotros en nuestro tricolor querido lo encerramos y lo llevamos todo: el puro amor de la patria, el testamento de la libertad sellado con la sangre de nuestros héroes, el cielo azul de nuestras glorias y como faro de luz que nos conduce, clavada está en sus pliegues, la estrella esplendorosa de la fe....

Aquí la tenéis, hermanos argentinos, sostenida por los brazos de mis queridos compatriotas. La traemos acá sobre nuestros corazones con el mismo respeto con que los israelitas conducían el arca santa en sus divinas tradiciones. La alzamos aquí con todos sus laureles y coronas, para devolver, como cumplidos caballeros, el saludo de las armas y del gloriosísimo pabellón argentino. La desplegamos al viento para agradecer en su nombre los homenajes tributados a mi patria por magistrados y pueblo en la persona del jefe de nuestra Iglesia y la entregamos al pontífice, de manos consagradas, para rendirla sólo a Dios en sus altares [...]

Recibidla, Reverendísimo Señor, en cambio del ósculo de amor que quisisteis darnos; suspendedla ante la Imagen de María y sea eterna la memoria de este día en que los chilenos abrimos el camino a las naciones del continente americano, para que todas ellas reúnan sus banderas en esta Basílica de Luján, como homenaje de respeto a la Reina de los Cielos y como espléndido trofeo de paz americana.

Ahora, señores, podemos despedirnos. Y mientras su suben al cielo nuestras últimas plegarias y resuenan los espacios con nuestros himnos nacionales, y confundidos nuestros vivas y aplausos a la Virgen Bendita de Luján, vosotros, pastores de Iglesia cruzad vuestros báculos sobre el ara del altar y entonad el *Te Deum* de la acción de gracias para bendecir a Dios que, por una senda de ocultos y maravillosos designios, hoy repite le prodigios de calmar los vientos, de ahuyentar las tormentas y dejar bogando nuestras naves sobre aguas bonancibles que sólo rizan las auras de la paz”¹².

7. Desconcentración y regreso a Buenos Aires

Terminado el sermón, todas las bandas presentes tocaron a un mismo tiempo el himno chileno, escuchado por la concurrencia con religioso silencio, al par que patriótico silencio. De allí en más se organizó el regreso de autoridades y peregrinos, que se llevó a cabo en perfecto orden, a pesar de la inmensa aglomeración de gentes. A las 4,10 los prelados volvieron a Buenos Aires, después de haber atravesado el pueblo de Luján en medio de continuas ovaciones; y los trenes que se podían medir por cuadras, trajeron a todos los viajeros “que volvían satisfechos por haber asistido a una fiesta hermosa, tanto por sus móviles como por la manera como

¹² Idem., 790-791.

se realizó, dejando al pueblo de Luján, después del bullicio extraordinario de unas horas, en la calma y tranquilidad que lo distingue”¹³.

En cuanto a la magnitud de la presente manifestación religiosa, verdaderamente multitudinaria, los diarios de la capital coinciden en señalar la presencia de unos 30.000 fieles, constituyendo por lo tanto la peregrinación más numerosa e importante que se haya realizado desde que se inició la época de las peregrinaciones generales al Santuario de Luján.

8. La “Basílica de la Paz”

Tengamos en cuenta que el Protocolo del 17 de abril de 1896, firmado entre Argentina y Chile, en orden a la solución pacífica del diferendo limítrofe pendiente, establece que, en el caso de no allanarse amigablemente y de común acuerdo las divergencias, debe recurrirse para su solución a un arbitraje internacional, en este caso el de la corona británica, con excepción de la demarcación al norte del paralelo 26°.

Sin embargo, pese a todos los recaudos interpuestos, las tensiones diplomáticas, a uno y otro lado de la Cordillera no disminuyeron, más bien aumentaron, dificultando de manera notable el entendimiento de ambas cancillerías. En este clima de crecientes tensiones, el trabajo de los peritos designados para establecer el emplazamiento los límites se vio de pronto dificultado en grado extremo; y la preparación de pertrechos bélicos daba a entender que la guerra era inevitable. La alarma cundió nuevamente y las preocupaciones por detener el creciente espíritu belicista reinante se multiplicaron en ambas capitales, Buenos Aires y Santiago.

Se llega así, en septiembre de 1898, a la firma del acta por los que se remiten los antecedentes a la Reina Victoria I de Inglaterra para que dicte sentencia en calidad de árbitro internacional¹⁴. Esta decisión no alcanzó para frenar la carrera armamentista ni para introducir principios definitivos de solución, pero disipó al menos el peligro inmediato de un enfrentamiento armado y trajo consigo la esperanza de un arreglo pacífico, si bien a plazo incierto¹⁵. Este es el contexto histórico inmediato de cuanto a continuación se expone.

¹³ Idem., 791. A iniciativa de los señores Orzali, Ballagamba y Cía., de la Fábrica Nacional, se acuñaron una gran cantidad de medallas conmemorativas de la peregrinación internacional. Además de la imagen de la Milagrosa Virgen, las medallas levan esta inscripción en el reverso: “Nuestra Señora de Luján protege a las Repúblicas Sud-americanas”; y en el anverso: “Recuerdo de la Primera Peregrinación al Santuario de Luján, presidida por el Illmo. y Rvmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, Dr. Uladislao Castellano. Diciembre 1° de 1895”. Las medallas se vendieron al ínfimo precio de 26 centavos, en número de más de 10.000. Asimismo, la señora de Barelli envió como obsequio hasta 10.000 estampas para ser distribuidas entre los peregrinos. Numerosos fotógrafos, situados en diferentes partes, sacaron interesantes vistas de de los actos que se realizaron.

¹⁴ Las cuestiones en litigio sometidas al arbitraje británico son cuatro y se refieren a las siguientes regiones: 1°) paso de San Francisco; 2°) cuenca del lago Lácar; 3°) desde el lago Nahuel Huapi al lago Viedma; y 4°) zona adyacente al Seno de última Esperanza.

¹⁵ En medio de esta atmósfera enrarecida asume su segunda presidencia Julio A. Roca, en cuya elección influyó ciertamente el peligro de guerra, que terminó por agravarse meses

El tema de la paz con Chile ocupó de manera particular la atención de los medios periodísticos católicos, pues el inicio de tratativas internacionales conducentes a alcanzar cuanto antes la solución satisfactoria a la cuestión limítrofe, se consideró como gracia especial concedida por la Virgen de Luján a ambos países. En su momento, al reseñar los principales acontecimientos del año 1895, nos ocupamos del tema; y dijimos que Salvaire fue el autor de la oración por la paz que se rezó durante mucho tiempo impetrando la intercesión maternal de la Virgen a fin de alejar el peligro cierto de un inminente enfrentamiento armado.

Cuando la prensa dio a conocer, al promediar el mes de septiembre, las primicias de la plausible solución de la disputa, puesta ahora bajo la seguridad de un arbitraje internacional, de inmediato el arzobispo de Montevideo, Mariano Soler, envió un telegrama de felicitación al Capellán del Santuario. Recordemos que éste último, desde el inicio mismo del conflicto, se convirtió en gestor activo, junto con el Arzobispo de Buenos Aires, monseñor Castellano, de un conjunto de iniciativas destinadas a tender efectivos lazos espirituales de unión entre ambas naciones, puestos particularmente de manifiesto en la multitudinaria “Peregrinación de la paz” a Luján, el 1º de diciembre de 1895, bajo los auspicios de los arzobispos de Buenos Aires y Santiago de Chile, que reunió a más de 30.000 peregrinos.

Precisamente el reconocimiento de tan indiscutible protagonismo en pro de la paz, mueve al prelado uruguayo a escribir a su gran amigo este conceptuoso mensaje:

“Rvdo. P. Jorge M. Salvaire, Capellán del Santuario de Ntra. Sra. de Luján.—Montevideo, 25 de septiembre de 1898.— Ante la solución satisfactoria de la cuestión chileno–argentina, cúmpleme felicitar y agradecer al autor de la oración por la paz a Ntra. Sra. de Luján, la parte que ha tenido con los cultos realizados en ese Santuario Internacional, para obtener, por medio de la intercesión de nuestra gran Taumaturga, el beneficio de la paz y concordia que redundará en bien de todas estas Repúblicas. ¡Gracias sean dadas al Señor y a la gloriosa Madre del Príncipe de la paz! † Mariano Soler. Arzobispo de Montevideo”¹⁶.

9. Solicitud al Congreso de la Nación

A los pocos días, el 2 de octubre, la revista publica el extracto de una solicitud redactada por Salvaire, que el Arzobispo de Buenos Aires y sus sufragáneos elevan

después. De inmediato comenzó a buscar un arreglo directo con Chile, pues el laudo podía retrasarse en demasía. Una entrevista histórica de ambos presidentes, Julio A. Roca y Federico Errázuriz, el 7 de mayo de 1899, frente a Punta Arenas, dio garantías de paz. Los “Pactos de Mayo” de 1902 entre ambos países establecieron la limitación de armamentos y el compromiso de someter al arbitraje de Gran Bretaña los conflictos de frontera. Con el fallo arbitral de Eduardo VII, del 20 de noviembre de 1902, se zanjó definitivamente la controversia. Recuerda este hecho trascendente la estatua del Cristo Redentor, inaugurada en la cima de los Andes el 13 de marzo de 1904.

¹⁶ Salvaire contestó de inmediato el telegrama, retribuyendo el saludo episcopal y congratulándose “por esta inesperada solución pacífica que es un nuevo beneficio que los pueblos del Plata adeudan a su secular Protectora” (LPP, 1898, 653-654).

al Congreso de la Nación con motivo de consolidarse las tratativas de la paz argentino–chilena¹⁷. Ocasión más que favorable para renovar ante diputados y senadores el pedido de aprobación de una partida presupuestaria destinada a sufragar en parte la construcción de la Basílica Nacional, que desde ahora bien puede llamarse *Templo de la paz de los pueblos sud-americanos*.

En este sentido, el Capellán se permite traerles a la memoria a los legisladores el benéfico y trascendental influjo que la mencionada peregrinación a Luján, de fines del año 1895, ejerció en orden a detener a tiempo los amagos de un conflicto bélico que amenazaba arrastrar tras de sí a todo el Cono Sur. Y al momento de enumerar los actos símbolos que en aquel día hermanaron los corazones en presencia de la Sagrada Imagen, de uno y otro lado de los Andes, remarca por cierto el más emotivo, prenda verdadera de paz por parte de ambos pueblos:

“En ese día, la bandera chilena, escoltada por una guardia de honor, compuesta de oficiales y soldados argentinos, fue depositada a los pies de la sagrada Virgen de Luján [... Y entonces a sus pies] confundiéronse nuevamente las banderas de estos pueblos, a quienes la mole inmensa de los Andes sólo separa materialmente”.

Y, a su vez, cómo no recordarles a las autoridades legislativas algunos párrafos del encendido discurso que en esa memorable jornada dirigió a la concurrencia el elocuente prelado chileno Ramón José Jara, quien tras evocar los gloriosos nombres de Chacabuco, Maipo y Lima, tres etapas de la grandiosa jornada que realizaron unidos chilenos y argentinos, hizo vibrar los corazones al pronunciar en tono de ardorosa súplica estas inolvidables palabras:

“Basta, Señores. Sellemos estos votos de paz dándonos argentinos y chilenos un abrazo estrecho ante la Imagen de María. Como hijos agrupados en torno a su madre, pidámosle que agregue a los prodigios que han hecho venerable en el mundo este Santuario el beneficio de la paz americana. Por nuestras infidelidades e ingraticudes pasadas, merecimos tal vez el azote espantoso de la guerra. Pero ¡oh Virgen soberana de Luján! *monstra te esse matrem*; muévase a piedad tus entrañas maternas; acuérdate de las plegarias que tantas generaciones han vertido ante estas aras [...] Acuérdate, en fin, que estas repúblicas americanas se distinguen por el amor que te profesan; y que en estos momentos no hay un solo hogar ni un solo templo en la Argentina y Chile donde no se alce tu Imagen sobre montañas de flores, para que escuches la oración incesante con que te piden la paz”.

Finalmente la paz impetrada en Luján se ha obtenido, las autoridades de ambos países han resuelto seguir el camino señalado por el orador trasandino y tanto argentinos como chilenos reconocen, en esta importante confirmación de confraternidad americana, la intervención de la Providencia divina, alcanzada por la invocación de la Virgen de Luján.

Los diarios, a ambos lados de la Cordillera, lo han reconocido abiertamente, en diversas y repetidas ocasiones; y de manera particular un hombre público argentino,

¹⁷ Idem., 654-657.

el general Julio Argentino Roca, se lo manifestó al Arzobispo de Santiago, monseñor Mariano Casanova, mediante cable telegráfico, en los siguientes términos:

“*Sus preces han sido oídas y sus votos cumplidos. Ambos gobierno acaban de firmar la *pax multa*, paz que éstos pueblos de América necesitan como maná del cielo*”.

Sin duda alguna, las argumentaciones presentadas por el Capellán aparecen sólidas y justas. Uniéndose a las presentes otras muchas de carácter histórico y social, incluidas en el texto, que por su mismo peso avalan y recomiendan la rápida aprobación legislativa de un significativo aporte económico del gobierno nacional a fin de facilitar la prosecución de la que con toda propiedad puede llamarse de ahora en más la *Basílica de la Paz*. He aquí el párrafo dedicado a peticionar formalmente tal ayuda:

“Honorables Representantes de la Nación: el beneficio de la paz para estos pueblos sud-americanos, es un bien tan inapreciable, que no aparece desacertado confiar en que el Superior Gobierno Nacional, interpretando el sentimiento unánime del pueblo, levante también en el seno del país un Santuario de la paz. ¿Más, en que sitio debiera levantarse este augusto Santuario que encarna las aspiraciones del pueblo entero? ¿Dónde, sino en el mismo sitio preferido, donde los pueblos, un momento antagónicos, pero luego unidos en un día memorable, levantaron juntos al Todopoderoso fervientes plegarias para la consecución de este bien tan trascendente, la paz, sino en Luján, donde el cielo escuchó los clamores de dos pueblos agobiados?

¿Pero qué monto de dinero pretender estableciera la consiguiente aprobación parlamentaria? La solicitud no especifica cantidades, el monto como tal lo deja al buen entender de los legisladores, señalándoles, sí, un criterio o referencia general de utilidad al momento de abarajar posibles proporciones presupuestarias:

[...] Pues bien; este Santuario de la paz, el pueblo argentino lo está levantando aquí en Luján. A su realización contribuyen, y más eficazmente todavía contribuirán más adelante los pueblos hermanos. ¿No os parece una idea verdaderamente elevada y patriótica, la de consagrar a la erección de este grandioso y simbólico monumento, una ínfima parte siquiera, de las inmensas erogaciones que hubieron debido hacerse, si no se hubiera logrado evitar el estallido funesto de la guerra internacional?”.

Escapa al propósito de la presente investigación, que llega hasta los primeros meses de 1899, establecer el destino final del petitorio. Al respecto, sin ánimo de prejuzgar resoluciones futuras, tengamos en cuenta que el arzobispo de Buenos Aires, a principios de septiembre de 1896, ya había presentado una primera solicitud con idéntico propósito: interesar al Congreso en la construcción de la Basílica. La redacción corrió también a cargo de Salvaire, quien se esmeró en entregar a cada legislador un ejemplar impreso del proyecto, que incluía los fundamentos del mismo y los planos de la obra. En aquella oportunidad sólo se logró que el Poder Ejecutivo aprobara por decreto alguna pequeña partida con ese destino.

De todos modos, más allá de la suerte que corrió la presente solicitud, merece destacarse el párrafo final de la misma, pues de haber dirigido las obras Salvaire hasta su conclusión, el frontispicio de la gran Basílica luciría, según propia decisión, una espléndida imagen tallada de la Virgen María con el Niño Jesús en brazos, que sirviera a las generaciones futuras de elocuente testimonio de la paz sellada con Chile en este preciso año de 1898. El Capellán, aferrándose a la esperanza de ser escuchado en esta segunda oportunidad, se despide de los legisladores nacionales con estas confiadas palabras:

“El día en que, gracias a la valiosa cooperación del H. Congreso Argentino, nos sea dado dar cima a esta monumental *Basílica de la Paz*, en el frontispicio del nuevo templo colocaremos la grandiosa Imagen de la Virgen María Madre, llevando en su regazo al niño Dios, Príncipe de la paz, y en la mano, una rama de oliva o con el cuerno de la abundancia, derramando a torrentes sobre los pueblos sudamericanos los beneficios incalculables de la unión y la paz”.

10. En Luján se recuerda la fraternidad argentino–chilena

Asimismo, la noticia de encontrarse bien encaminadas las negociaciones diplomáticas para sellar definitivamente la paz con Chile, llevó al Arzobispo de Buenos Aires a confirmar la realización de una gran peregrinación general por la paz a Luján a fin de dar gracias por los beneficios conseguidos a través de su poderosa intercesión; a la cual se sumaría la intención de implorar del cielo las lluvias y el buen tiempo que vinieran a asegurar las buenas cosechas del presente año, sometido a lo largo de los meses a muchos males y calamidades climáticas.

En cuanto a la fecha de su realización se fijó, en principio, el segundo domingo de noviembre, día en el que se celebra el Patrocinio de la Santísima Virgen, comprometiéndose monseñor Castellano a dirigir una invitación general a la feligresía por medio de una próxima pastoral alusiva al tema. A tal iniciativa se sumó de inmediato el obispo de La Plata, monseñor Espinosa, invitando por idéntico medio a sus diocesanos a tomar parte en esta manifestación de fe y esperanza en la Protectora del Pueblo Argentino.

En este sentido, el episcopado argentino, al igual que el chileno, eran concientes que el fantasma de la guerra fratricida no había desaparecido de manera definitiva. El peligro subsistía; y cualquier malentendido o incidente fronterizo podía reavivar los sentimientos bélicos en defensa de los propios intereses nacionales. Por tanto, era cuestión de estar alerta, trabajar por la paz y rezar por el éxito final de las negociaciones.

Bajo la consigna, *¡A Luján, pues, a orar! ¡A Luján para pedir por la paz y la patria*, la peregrinación tuvo lugar el domingo 13 de noviembre con amplia participación de obispos, sacerdotes, religiosos, movimientos apostólicos, cofradías e instituciones religiosas, asociaciones de caridad, congregaciones de Hijas de María y del Apostolado, escuelas, colegios y numerosas delegaciones parroquiales, provenientes de Buenos Aires, La Plata y de los partidos limítrofes a Luján. El orador elegido para esta oportunidad fue el sacerdote Gregorio Romero, de gran reputación por sus discursos, por entonces diputado nacional.

Las distintas partes de la peregrinación, según orden de arribo de los trenes, fueron recibidas con el protocolo y atenciones acostumbradas en tales ocasiones: recepción, marcha de columnas, actuación de bandas, repique de campanas, disparo de bombas de estruendo, saludos en el Santuario, celebración de misas, etc. Finalizados las ceremonias correspondientes a la mañana, los peregrinos abandonaron el Santuario para almorzar, distribuyéndose, unos por los hoteles y posadas de la Villa; y otros, los que habían llevado provisiones, por las construcciones de la Basílica y lugares aledaños.

A la una de la tarde ocupó el púlpito del Santuario el P. Romero, cuyo ardoroso sermón de circunstancia incluyó el siguiente punteo de conceptos: “con palabra elocuente y concepto inspirado, condensó los propósitos que llevaban a los católicos al histórico Santuario de Nuestra Señora de Luján”; “recordó el viaje de monseñor Casanova, que atravesaba los Andes, para venir con el Prelado Argentino a implorar a los pies de la Virgen la paz que necesitaban sus pueblos”; “destacó los beneficios que se siguieron de aquellas oraciones”; “consideró la influencia de Jesucristo, como única fuente en que se ha de conseguir el bienestar, la tranquilidad y la paz interna y externa”; “tuvo palabras fraternales para Chile, cuya bandera flameaba en el Santuario de Luján”; “pasó revista a los lazos fraternales que unían a ambos pueblos” (historia, religión, tradiciones comunes y piedad mariana, etc.); y, por último, “formuló votos por la terminación de las obras de la gran Basílica, que representará el monumento más hermoso de la fe de los argentinos, expresando el deseo de que su inauguración fuera hecha por el primer cardenal sud-americano”. En resumen, señala la crónica, “podemos decir que el sermón del Dr. Romero fue una pieza oratoria notable, tanto por su fondo, cuanto por el sentimiento elevado en que estaba inspirado”.

Antes de emprender los peregrinos el regreso, el canónigo porteño Luis Duprat, cura párroco de San Telmo, redactó la siguiente invocación en el “Libro de la Virgen”, que luego firmó el arzobispo Castellano y la comisión organizadora:

“¡Virgen bondadosa! Tus devotos de la Arquidiócesis Argentina llegan a los pies de tu trono a pedirte la paz internacional y la prosperidad interna de una Patria, a quien, entre otras muchas cosas, envidian las naciones vecinas, tu Santuario portentoso. Concédenos ¡oh Madre! esa paz preciosa y nosotros te traeremos los ricos dones de la prosperidad maternal. También te rogamos por la salud del Sumo Pontífice y por el triunfo de su causa, que es nuestra causa, que es tu causa. Al expirar el agitado siglo XIX y al aproximarse la aurora del XX, esperamos de tu poderosa mediación, que en las felicidades, que tu bondadosa derramará sobre todos los que te invocan y te veneran, no nos olvides ¡oh Madre! a nosotros, que ponemos toda nuestra esperanza en ti, en la vida y en la muerte”¹⁸.

11. Replica en Ancud

¹⁸ Referencias a esta peregrinación, LPP (1898), 653, 696, 709, 715, 717, 731, 744, 747, 765 (crónica detallada), 830.

Los inicios de un posible camino de paz, bajos los auspicios del arbitraje internacional, también fueron recordados en territorio chileno, precisamente en el Puerto de Ancud , el mismo día 13 de noviembre, a través de la iniciativa del obispo del lugar, monseñor Ramón Ángel Jara, el inspirado predicador en el Santuario de Luján, allá por diciembre de 1895, tal como lo recordamos hace un momento. Incluso se refirió específicamente al tema en la carta pastoral que publicó al tomar posesión de la diócesis, ocasión en que remitió un ejemplar a Salvaire en muestra de amistad y agradecimiento¹⁹.

De la carta que acompañaba el envío reproducimos el siguiente párrafo, muestra elocuente de la profunda devoción y agradecimiento de este obispo chileno a la Virgen de Luján, cuya decisiva intervención a favor de la paz dice nunca olvidar:

“Al remitirle ese documento quise significarle que desde lejos volvía mi corazón y mis miradas hacia ese bendito Santuario de Luján donde a los pies de María, junto con la bandera de mi patria, deposité mis plegarias de peregrino. Ante esa Imagen portentosa recibí la investidura de Canónigo argentino; y ahora, colocado por Dios entre los sucesores de los Apóstoles, era mi deber rogar a tan buena Madre que sostuviera mi debilidad y bendijese mi cayado de Pastor. Me permito incluirle un número de *La Bandera*, granito de mostaza que publica en esta ciudad un piadoso sacerdote y un recorte de *El País* de Concepción que me ha llegado por el vapor de ayer. Como Ud. vive de los triunfos de María le será grato imponerse de esa relación. Pero gozará Ud. y se alegrarán las almas devotas de la Reina de Luján, al saber una coincidencia que el mundo llamará *casual*, pero que nosotros afirmamos que es providencial”²⁰.

Pasemos ahora a conocer el hecho portador de tan grata noticia para el Capellán de Luján. Por una coincidencia fortuita, en esos días se encontraba anclada en la Bahía de Ancud la Armada Chilena en pleno: ocho grandes buques de guerra, varias torpederas y otros buques menores. Hecho rarísimo por ser considerada la zona como peligrosa para las embarcaciones de importancia. El miércoles 9 de noviembre, el Señor Comodoro de la Escuadra, J. M. Simpson, acompañado de su plana mayor, bajó a tierra a presentar sus saludos al Intendente de la Provincia y al obispo local. Al día siguiente, monseñor Jara agasajó a los marinos con un almuerzo en la curia diocesana; y al finalizar el mismo fue invitado a visitar la flota, el domingo 13, y celebrar la misa a bordo del buque–insignia “capitán Prat”, gesto que mucho valoró el Prelado y que de inmediato aceptó gustoso.

En ese domingo –refiere el periodista– “imponente era el aspecto que ofrecía la cubierta del buque, pues habían sido invitados a la ceremonia religiosa todos los jefes, varios oficiales, clases y soldados de los demás buques de guerra. Sobre un trofeo de armas engalanado de banderas, se alzaba majestuosamente el altar [...] La Religión y la Patria se daban en ese día una abrazo solemne de paz y amor [...] Durante la Misa, la banda de músicos ejecutó con primor varias y escogidas piezas”.

¹⁹ El Capellán, a su vez, acusa recibo del ejemplar con estas palabras: “es un documento precioso, lleno de celo apostólico, de erudición eclesiástica y de ardiente patriotismo” (idem., 762).

²⁰ *Carta del Ilmo. y Rvmo. Señor Obispo de San Carlos de Ancud, Doctor Don Ramón Ángel Jara. Ancud, 29 de Noviembre de 1898.*, idem., 830-831.

Al finalizar la misma, monseñor Jara, respondiendo al pedido de una comisión de oficiales que se apersonó a él con tal objeto, improvisó una notable y conmovedora alocución patriótica, en cuya parte final introdujo esta significativa reflexión referida a la necesidad de alentar siempre la solución amistosa del conflicto limítrofe pendiente con la Argentina:

“¿Quién nos hubiera dicho que estos mismos cañones de nuestra poderosa Escuadra, listos ya para llevar la destrucción y la muerte en una contienda fratricida hubieran hoy de ser los primeros en saludar al Dios de paz que entre estos espacios infinitos, el mar y el cielo, acaba de elevarse sobre el altar en la Hostia pura como sol de infinita caridad? ¿Quién me hubiera dicho –agregó con emoción profunda– que después de haber suspendido por mi propia mano en el Santuario de Luján la bandera de mi patria como testimonio de nuestro amor a la fraternidad americana, había de venir hoy en el día hermoso del Patrocinio de María sobre la humanidad entera, a enviar con las primeras brisas de paz, cariñoso saludo al pabellón argentino desde el puente de la Nave Capitana de esta formidable Escuadra, que en horas de combate no consiente en sus mástiles otra bandera que el tricolor querido aún cuando le sea necesario para ello hundir la tripulación y la nave en el abismo del mar?²¹.

Como es de imaginar, tales palabras calaron con hondura en los ánimos de todos los presentes, quienes de pie al acorde de la Banda entonaron la canción patria chilena.

De esta manera, sin proponérselo de antemano ni el arzobispo de Buenos Aires ni el obispo de Ancud, al mismo tiempo, en el mismo día (13 de noviembre) y a la misma hora (10 hs.), se expresaron, de uno y otra lado de los Andes, en el Santuario argentino y en la Bahía chilena de Ancud, idénticos sentimientos por la paz fraterna, bajo el recuerdo agradecido a Ntra. Sra. de Luján, en cuyo corazón maternal volvían a confiar ambos pueblos. Está de más decir que en ambos actos, sin previo acuerdo, sólo guiados por la mano de la Providencia, se encontraban unidos espiritualmente dos grandes devotos de la Virgen, dos grandes propulsores de la paz argentino–chilena y, en el fondo, dos grandes amigos: Salvaire y monseñor Jara.

Mons. Dr. Juan Guillermo Durán

²¹ Idem., 832-833.